

•@• Meyibó

AÑO 13, NÚM. 25, ENERO-JUNIO DE 2023

Meyibó vocablo de la lengua cochimí, hablada antiguamente en la península de California. El jesuita Miguel del Barco (1706-1790) refiere que los cochimíes la usaban para designar la temporada de pitahayas ("principal cosecha de los indios, excelente fruta, digna de los mayores monarcas") y, por extensión, al tiempo bueno de cosecha o periodo en que el sol es favorable a gratos quehaceres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México

CRAVINO, MARÍA CRISTINA (COMP.),
HISTORIA Y MEMORIA DE VILLAS Y FAVELAS,
BUENOS AIRES, UNIVERSIDAD NACIONAL DE
GENERAL SARMIENTO, 2022, 216 PP.,
ISBN 978-987-630-582-2

Danivia Calderón Martínez

Investigadora independiente.

Doctora en Historia Moderna y Contemporánea;
maestra en Urbanismo; licenciada en Arquitectura

L

a obra que reseña es el resultado de un proyecto de investigación colectivo en el que se analizan diversos ejes en torno de la historia y las memorias de los residentes de asentamientos urbanos populares del área metropolitana de Buenos Aires, primordialmente, durante la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983). Como el título anuncia, si bien el lector encontrará trabajos que recopilan la experiencia, en distintos periodos históricos, de las villas de Buenos Aires, se suman, no obstante, escritos que nos acercan a las vivencias de las favelas en Río de Janeiro, Brasil.

Los estudios sobre la memoria son cada vez más necesarios en todas las sociedades del mundo, principalmente, en aquellas donde las violaciones a los derechos humanos han sido una constante y en las que sistemáticamente se ha acallado, ignorado e invisibilizado la experiencia de los de abajo, y ha prevalecido sobremanera la voz oficialista. En Europa este tipo

de estudios se desarrolló en torno del Holocausto; en América Latina están los trabajos sobre la memoria de los pueblos originarios y de grupos de desplazados de zonas urbanas en proceso de renovación.

Sobre esto último, María Cristina Cravino, compiladora del libro, destaca el avance que han tenido recientemente los trabajos que se abocan a los pobladores de asentamientos populares, en los que advierte dos vertientes, vinculadas, por un lado, con la historización de los procesos de surgimiento y consolidación de los barrios populares, y también de sus desplazamientos en el marco de los procesos urbanos, y, por el otro, con investigaciones específicas sobre la memoria de los pobladores de esos barrios cuya finalidad consiste en revelar aspectos que no se encuentran registrados en los documentos oficiales o de presentar distintas miradas sobre los relatos de los medios de comunicación expresados, en particular, a lo largo del siglo XIX.

Este libro, que abona a esa aún limitada bibliografía, salió a la luz en el 2022 en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, editado por la Universidad Nacional de General Sarmiento. Amén de la introducción, la obra consta de siete capítulos. Se desarrolla, principalmente, en la ciudad de Buenos Aires en el momento en que se preparaba para recibir, con su mejor rostro, a lo más destacado del fútbol mundial para la celebración del campeonato de 1977, en tanto las autoridades, en sus afanes de mostrar una ciudad limpia, próspera y respetuosa de los derechos humanos, se dedicaron, paradójicamente, a cometer los actos más deleznable, arrasando zonas enteras de la ciudad —las villas y sus habitantes—, consideradas indignas de ocupar el espacio urbano.

Cada capítulo de este libro nos sumerge en las entrañas de dos ciudades latinoamericanas, cada historia rescata la voz de los de abajo, de los invisibilizados por la sociedad, por las instancias de poder y la historiografía hegemónica; los autores, hombres y mujeres, documentan los diferentes dispositivos que

implementaron los respectivos Estados para erradicar las villas de Buenos Aires y las favelas de Río de Janeiro. Quiénes merecían estar en la ciudad es la pregunta que permea toda la obra, la interrogante que invadía la mente de los encargados de aplicar la norma sociourbana de “limpieza” de lugares ocupados por las clases subalternas y migrantes, cuya imagen de desprestigio, acuñada por las autoridades, fue la bandera con la que legitimaron sus acciones en el espacio urbano. En el caso de las villas bonaerenses, los operativos se desplegaron con firmeza y sin distinción: se arremetió contra hombres y mujeres, incluso, contra niños, sembrando terror entre los habitantes para, así, disolver sus organizaciones, desnaturalizar su estancia y quebrantar su tranquilidad.

Construir las historias que aquí se narran no fue tarea fácil para los autores, cuya principal limitante fue la falta de información. Las erradicaciones dejaron profundos estragos, incluso traumas, en los sobrevivientes; asimismo, huellas borrosas y dispersas, en los centros documentales o en las instituciones oficiales. Los vacíos en esos repositorios se deben, en buena medida, al desdén, premeditado o no, de las autoridades respecto de llevar un control riguroso de sus acciones contra esos sectores de la población, a más de que en los desalojos se perdió mucha información difícil de recuperar. Los sobrevivientes, por otro lado, ya sea por miedo, desconocimiento o falta de confianza, callaron y no se acercaron a las instituciones para reportar a familiares ausentes; de ahí la vaguedad en las estadísticas, entre otras cuestiones.

Valeria L. Snitcofsky principia el libro con su trabajo, “Arrabales de lata, antecedentes históricos de las actuales villas en la ciudad de Buenos Aires”, capítulo que nos introduce en uno de los temas centrales de la obra: las villas. El término se utilizó por primera vez en la década de 1930, para referirse a los barrios precarios de Buenos Aires y desde mediados del siglo XX se usó en la Argentina para nombrar la informalidad urbana. No

obstante, la palabra *villa* con ese significado es relativamente reciente; así, en la historia bonaerense los barrios bien pueden considerarse sus antecedentes, debido a las características de las construcciones y los materiales empleados, la carencia de los servicios básicos y la ocupación informal de la tierra.

La autora rescata la experiencia del barrio de las Ranas y el de Bajo de Belgrano, para rastrear los precedentes de las actuales villas. En ese sentido, le ha sido posible identificar líneas de continuidad que vinculan los arrabales con éstas, pertenecientes a la segunda mitad del siglo XX. Ambos núcleos tienen su origen en un momento en que la ciudad de Buenos Aires experimentaba una explosión en sus índices de población, debido a la inmigración masiva de origen europeo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En palabras de Snitcofsky, en ese contexto no hubo una expansión paralela en cuanto a la oferta de infraestructura y vivienda, por lo que, rápida e inevitablemente, se evidenció un agudo déficit habitacional, el cual dio pie a la formación de construcciones precarias que se fueron insertando en el tejido urbano central y en las zonas periféricas.

Esos espacios recibieron apelativos como *barrios*, *pueblos* o *arrabales de lata* —insinuando el material con el que se construían las viviendas—. Los barrios que se abordan comparten una historia fundacional y unas características físicas opuestas a la belleza arquitectónica y al ordenamiento urbano que anhelaban las autoridades locales y los propios bonaerenses, que rechazaban esos espacios de la ciudad cargados de expresiones negativas como centros de delito, crápula, pillaje o de ocultación, lugares tristes, de vicios, enfermedades y muerte, estigmatizaciones que servían de argumento para promover su desaparición de la urbe.

En el capítulo 2, Adriana Laura Massidda, en “Entre invisibilidades y dirigencias. Mujeres en villas de Buenos Aires (1958-1967)”, rescata la participación de figuras femeninas en

la conducción de las villas, en un periodo en que sobresalen en las fuentes históricas, entre finales de los cincuenta y mediados de los sesenta, el cual coincide con un momento de tensión política y social en el país.

Antes y después de ese decenio (1958-1967) la presencia de las mujeres es casi nula: el espacio social y político era preponderantemente masculino. Aquella participación, lejos de conductas que apuntaran la emancipación y el fortalecimiento de la mujer como ente social y, a la vez, urbano, estaba encaminada, más que otra cosa, a mejorar las condiciones de vida, a asegurar la supervivencia y el bienestar familiar. Sin embargo, el papel de la mujer como encargada del hogar fue destacado, pues en ese corto lapso las hizo saltar a la esfera pública para abanderar demandas por el bien común: instalación de piletas, duchas y canillas (lavaderos) comunitarias, extensión de redes cloacales y mejoras generales en las infraestructuras. Si algo la autora quiere dejar claro es que los grupos y acciones de esas mujeres eran *femeninos*, pero no, o no necesariamente, *feministas*, es decir, no buscaban incorporar reclamos vinculados con las obligaciones que se asignaban a la mujer como esposa y como madre.

Massidda plantea una serie de interrogantes que logra responder a lo largo de las páginas, y a su vez abre nuevas vetas de investigación: ¿cuál fue el rol de la mujer en las villas de Buenos Aires durante los años cincuenta y sesenta, y qué reconfiguraciones presentó a lo largo de esas décadas?, ¿cómo se relacionan esos cambios con el contexto político y con las concepciones sobre la agencialidad de la mujer sostenidas en un ámbito más general?, y, por último, ¿hasta qué punto las fuentes disponibles pueden ayudarnos a pensar esos procesos?

María Cristina Cravino firma el capítulo 3, “Memorias de los habitantes de las villas de la ciudad de Buenos Aires sobre los detenidos-desaparecidos en el marco de las erradicaciones de la última dictadura militar”, donde pone en juego dos

hechos traumáticos que a partir del estatuto de julio de 1977 se dieron en el marco del nefasto periodo que vivió la Argentina entre 1976 y 1983: por un lado, la erradicación de las villas de la ciudad y el área metropolitana de Buenos Aires, y, por el otro, los dispositivos de terrorismo de Estado; de estos últimos analiza las detenciones ilegales que dieron como resultado un número impreciso de detenidos-desaparecidos o asesinados. Cravino plantea que las víctimas de esos actos —dirigentes territoriales y habitantes comunes de las villas— han estado invisibilizados no sólo en los registros oficiales, sino también en la historia, en la historiografía y en la memoria de la sociedad bonaerense debido a su condición de clase subalterna y, en algunos casos, de migrantes. Este estudio busca visibilizar a ese sector de la sociedad escasamente atendido.

La aplicación de esa norma sociourbana tenía el propósito de aniquilar, a través del genocidio, el terror, la confusión, el silencio, las estructuras sociales construidas al interior de las villas. La violencia ejercida en esos sectores durante el terrorismo de Estado no sólo fue física, en los cuerpos, sino también espacial, como firmemente afirma la autora. Los crudos testimonios que comparte apenas dejan vislumbrar cuán difícil fue para esos habitantes resistir al terrorismo desplegado por el gobierno militar, y nos permiten comprender el impacto destructivo de sus acciones. En esa reconstrucción de hechos, la memoria individual juega, en efecto, un papel crucial, pero preponderantemente lo hace la memoria colectiva, que ha ayudado a recomponer la historia personal-familiar, pero también la barrial.

El capítulo 4, “Procesos de recuerdos, silencios, olvidos y borramientos sobre las intervenciones estatales de desalojos forzados en la Villa 20 durante la última dictadura cívico-militar en la Argentina (1976-1983)”, es de la autoría de Julieta Oxman, quien historiza una de tantas villas en la ciudad de Buenos Aires, en un acercamiento que le permite analizar desde el

marco conceptual de las *memorias* los procesos de recuerdos, silencios, olvidos y borramientos que se desprenden de las duras políticas urbanas perpetradas por el Estado terrorista en perjuicio de los sectores más vulnerables de la sociedad bonaerense. Aquí se desvela la naturaleza más nítida del significado de las *memorias*.

Durante la etapa en cuestión se desplegaron múltiples mecanismos políticos que turbaron los recuerdos de los habitantes de la Villa 20, pero uno en particular: el Plan de Erradicación de Villas, autorizaba en primera instancia el desalojo de las villas e impedía su formación y crecimiento, destruyendo no sólo los espacios físicos, sino también los sociales, es decir, cualquier tipo de organización política o espacio comunitario, mediante el ejercicio de la violencia cifrado en su expulsión de la ciudad.

Oxman desarrolla una tipología basada en su lectura e interpretación de las memorias de los habitantes de la villa, cuatro expresiones de las *memorias erradicadas*, las que, a su parecer, son las principales por razón de que configuran la disputa por la herencia histórica: *memorias en pausa*, *memorias conjugadas*, *memorias en permanencia* y *memorias reintegradas*. En el estudio de las *memorias villeras*, como las define Oxman, entendidas como aquellas versiones que se contraponen con los discursos oficiales, el análisis del factor territorial se volvió un eje esencial, por el hecho de que los dispositivos ejercidos por el Gobierno conformaron una nueva espacialidad en la Villa 20, rompiendo la estructura social, la extensión poblacional y la trama urbana. Oxman, asimismo, se apoya en el concepto de *espacialidad* definido por Edward Soja para estudiar las disputas políticas y de legitimidades dentro de las dinámicas barriales, locales e internas que intervinieron en la recuperación del pasado en las vivencias villeras.

Esta obra, además de adentrarnos en la brutalidad de las erradicaciones más violentas en la historia de la Argentina —se estima, pues aún las cifras son inciertas, que alrededor

de 200 000 personas fueron expulsadas de sus viviendas, de sus barrios, de la ciudad, incluso del país—, desvela otros carices: el de las cooperativas de autoconstrucción. En un acto de resistencia a las políticas urbanas estatales, los desterrados de las villas se organizaron junto con otras instituciones: religiosas católicas, técnicas y organismos nacionales e internacionales, con el propósito de levantar nuevos barrios en distintos puntos del conurbado bonaerense. Ése es el asunto que aborda Leandro Daich Varela en el capítulo 5, “Las cooperativas de autoconstrucción villeras de la ciudad de Buenos Aires frente al plan de erradicación masiva durante la última dictadura militar argentina (1976-1983)”.

Daich demuestra que los villeros no recibieron pasivamente la orden de erradicación: aceptaron el desalojo, pero no en los términos y modalidades que plantearon las autoridades, lo que se tradujo como una prueba palmaria de resistencia. Frente a ese estado de urgencia y desamparo, las cooperativas, impulsadas en su mayoría por religiosos de las capillas y parroquias villeras, significaron una alternativa, al tiempo que posibilitaron la construcción de lazos de solidaridad, de trabajo autogestivo y de colaboración.

Amén de los desalojados de las villas, las cooperativas convocaron al Equipo Pastoral de Villas (EPV) y a profesionales voluntarios. El EPV jugó un papel crucial, pues guio los primeros pasos de las cooperativas y fue quien sumó a la lucha a los técnicos voluntarios vinculados con alguna parroquia o capilla, a instituciones católicas y a miembros de la élite política y económica porteña. Por su parte, las asociaciones de profesionales, se encargaron de dirigir las obras urbanas y arquitectónicas, obtener permisos, asesorar técnica y financieramente, negociar con distintas instituciones de financiamiento y servir de puente entre el Estado y las cooperativas. Según el autor, esas sociedades lograron, a través de las negociaciones, retardar el desalojo de los villeros hasta que se terminaran de levantar

los nuevos barrios, consiguiendo desocupaciones siquiera menos violentas. Los barrios que resultaron de esos modelos de gestión y estrategia representaron simultáneamente una respuesta habitacional para los pobladores desterrados de las villas, una forma de resistencia a la dictadura militar, un tipo de organización colectiva y la consolidación de redes vecinales, familiares, de amistad y de fe.

Uno de los dos capítulos que en este libro rescatan la experiencia de Río de Janeiro, Brasil, es el de Neiva Vieira da Cunha, “Memoria y resistencia en las favelas cariocas. Narrativas de los moradores de favelas de Grande Tijuca”. Este trabajo evidencia la importancia de la memoria colectiva como narrativa de resistencia en territorios clasificados como periféricos y muestra el papel desempeñado por los movimientos sociales y por las formas de acción colectiva en el proceso de construcción social de esa memoria.

La categorización del espacio urbano, la percepción que históricamente las sociedades han construido sobre tal o cual zona ha justificado la implementación de políticas públicas y de formas de acción del Estado en un sentido o en otro; esas políticas, afirma Vieira da Cunha, se caracterizaban por un perfil etnocéntrico, en la medida en que no tomaban en consideración el punto de vista y la experiencia vivida por los actores implicados directamente en los procesos de intervención. La opinión de los residentes no era atendida por el hecho de que socialmente no eran reconocidos, como tampoco sus vivencias, sus espacios, sus tejidos sociales.

La memoria colectiva viene desempeñando un papel fundamental en los territorios periféricos estigmatizados por la pobreza, la violencia, el abandono y el caos como forma de resistencia contra la invisibilización ejercida por el Estado; también significa un tipo de contranarrativa frente a los discursos hegemónicos de poder. El proceso de construcción social de la memoria colectiva de los moradores de favelas de la región de

Grande Tijuca desencadenó en ellos un significativo proceso de reflexión en torno de las representaciones sociales sobre las favelas y de la identidad de su población.

En ese contexto, la memoria colectiva ayudó a reconstruir las trayectorias de vida de los moradores, reelaborando desde sus propias narrativas la experiencia y la realidad vividas. Neiva Vieira describe cómo surgió ese proceso, quiénes fueron sus principales actores y actoras —destaca la participación de tres mujeres— y las estrategias que pusieron en marcha; “Conductores de Memoria” fue una de éstas, cuyo objeto era mostrar, por medio de la afirmación de sus formas de apropiación del espacio urbano, qué de positivo había en esos barrios, deconstruir la carga negativa que se les atribuía y reconocer el patrimonio de memorias e historia de vecinos; de ello resultaron los “talleres de memoria”, a partir de los cuales los residentes comenzaron a construir y escribir su propia historia y a reconocerse como sujetos de ésta.

“Talleres de memoria” fue una experiencia más dentro del colectivo, pero una que contribuyó a fortalecer los lazos de identidad, de sociabilidad; posibilitaron una reapropiación de la historia local, al acercar a diferentes generaciones de habitantes y al valorizar el respeto y el reconocimiento mutuos; asimismo, ayudaron a reunir una serie de casos, de hechos, de fechas relevantes para la historia local, entre otros dispositivos que fueron de utilidad para la reconstrucción material e inmaterial de los lugareños.

El libro cierra con el trabajo de Carlos Augusto Baptista y Rafael Soares Gonçalves, autores del capítulo 7, “Marecidade: memoria, favelas y el Museo de Maré”. En la zona norte de Río de Janeiro se encuentra un sitio conocido como “*Maré*” —‘mareia’, en español—, que alude a las condiciones físicas del lugar, pues, a falta de espacio, un conjunto de viviendas se levantó sobre el agua, sobre palafitos. Maré reúne un complejo de favelas —17 en total— que por su ubicación estratégica ha despertado

desde siempre el interés de las autoridades por sanear esa zona; pero mucho de lo que hoy se conoce como Maré fue construido por el Estado, que, a través de un programa de erradicación de viviendas precarias (Promorar), construyó viviendas para el reasentamiento de familias alejadas de las zonas de palafitos que, como afirman los autores de este capítulo, desaparecieron del paisaje, pero no de la memoria colectiva local.

En ese contexto surgió el Museo de Maré, considerado el primer museo estructurado por los propios residentes en una favela de la ciudad, el cual juega un papel central en la consolidación y la resignificación de la identidad de sus habitantes. *Marecidade* (mareciudad), mencionada en el título del capítulo, expresa —a decir de los autores— la noción de que los residuos de la memoria levantados por el Museo aportan a la ciudad una nueva urbanidad, que integra la Maré y, de manera más amplia, las otras favelas, rompiendo dicotomías y oposiciones para tejer nuevas utopías.

Los autores ponen en evidencia el vacío de las favelas en la historiografía local, pese a que han existido desde el siglo XIX. La nómina de cualidades negativas: estigmatizaciones que a lo largo del tiempo han recaído sobre ellas y sus residentes, ha influido en la manera de intervenir el espacio que ocupan, ha puesto en tela de juicio la reflexión histórica y, peor aún, ha silenciado la memoria de sus habitantes. Ante esas acciones deliberadas que vienen desde arriba, rescatar y poner en valor las memorias de los de abajo y formar fondos documentales sobre esos espacios debe entenderse como un acto de resistencia. El Museo de Maré es eso, una voz contestataria al discurso oficialista, hegemónico, del Brasil que ha invisibilizado a los marginados; es también una toma de conciencia del significado de esos espacios y de sus habitantes; no es —como en este capítulo se subraya— un lugar para guardar objetos o para adorar el pasado, sino un lugar de vida, de conflicto y de diálogo.

El museo tiene, por donde se vea, el carácter de excepcionalidad: por el hecho de que fue creado por los propios residentes de las favelas, porque su gestiona comunitariamente y porque los discursos y los objetos que se exhiben son valorados y seleccionados por el mismo vecindario. La existencia de un recinto, con las características del Museo de Maré, además de enseñarnos a cuidar nuestros propios recuerdos —señalan los autores—, nos lleva a pensar, tomando como punto de partida nuestras propias necesidades y condiciones sociales para ocupar el espacio entre el nunca y el siempre, etapas que se alejan y se acercan produciendo el movimiento dialéctico de la memoria: recordar, olvidar, recordar y volver a olvidar. El Museo Maré es el refugio de las memorias, de los discursos insurgentes, de las manifestaciones reaccionarias, de la historia narrada y pensada por los de adentro, por los propios. La lucha por la permanencia del Museo de Maré significa una resistencia por el derecho a la memoria y la certeza de que no se puede tener derecho a un futuro sin poder garantizar, de alguna manera, el derecho al pasado.